Carmen Jaime Álvarez: dignidad, antes que decoro

Gabriela Contreras Pérez*
gacosp@gmail.com

Soñar, soñar la noche, la calle, la escalera
y el grito de la estatua desnudando la esquina.
Correr hacia la estatua y encontrar sólo el grito,
querer tocar el grito y sólo hallar el eco,
querer asir el eco y encontrar sólo el muro

y correr hacia el muro y tocar un espejo,
hallar en el espejo la estatua asesinada,
sacarla de la sangre de su sombra,
vestirla en un cerrar de ojos,
acariciarla como una hermana imprevista

y jugar con las fichas de sus dedos
y contar a su oreja cien veces cien cien veces
hasta oírla decir: "estoy muerta de sueño"

Xavier Villaurrutia, Nocturno de la estatua

RESUMEN. El presente artículo es un ejercicio de justicia histórica. Es fundamental traer de vuelta y recordar a mujeres como Carmen Jaime Álvarez, abogada de los años veinte; una mujer que no permitió que su privilegio de clase le nublará la empatía de preocuparse por los menos afortunados que ella. En los espacios universitarios de los años veinte encontró su voz y en los estudios la manera de construir su propia autonomía. Sin embargo, no es la única mujer

* Doctora en Historia por la Universidad Iberoamericana. Profesora Investigadora Titular C, de la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.

que recordamos por su capacidad creativa y transformadora: Antonieta Rivas Mercado, Carmen Mondragón o *Nahui Olin*, Guadalupe Amor y Frida Kahlo. Ninguna de ellas cumplió por completo con las expectativas de arquetipos femeninos, ayudaron a emergir nuevos mundos.
Palabras clave: dignidad, decoro, emancipación, roles.

ABSTRACT. This article is a bit of historic justice. Remembering women like Carmen Jaime Álvarez, 1920's lawyer, whose privilege is a loose social position that did not block the empathy she needed to worry about those less fortunate than her. Through the years, she found her voice in university spaces, and in her studies the way to construct her own autonomy. None the less, she is not the only woman we remember for her creative and transformational capability: Antonieta Rivas Mercado, Carmen Mondragón or Nahui Olin, Guadalupe Amor, and Frida Kahlo. None of them met the archetypical feminine expectations, helping new worlds to emerge.
Keywords: dignity, decorum, emancipation, roles.

Las mujeres de la década de los veinte consiguieron y atestiguaron cambios culturales contundentes; su versión de estos hechos ha sido relevante, pues nos ha permitido asomarnos a sus vidas y a la de otras mujeres, además conocer las organizaciones y expresiones artísticas, políticas y sociales en las que estuvieron involucradas. También tenemos aproximaciones a la red de relaciones en que estaban insertas, con lo cual avizoramos la forma tan diversa y profunda en que influyeron en otras mujeres, con esa capacidad de promover actividades de difusión, lectura y música. Desde su punto de vista ilustrado era necesario el peso que tuvo en términos personales su vida pública: estigmatizada, publicitada, manoseada y sobajada por sus detractores. Ellas fueron admiradas, imitadas y, aunque sigamos su rastro, existen muchas otras que alegremente se entregaron a la tarea de cambiar su mundo particular, el de las compañeras de estudios y de trabajo, el de otras jóvenes, el de otras niñas.

Una de estas mujeres es Carmen Jaime Álvarez. Este artículo es apenas una aproximación para empezar a seguirle el rastro a quien me ha llevado de la mano por distintos momentos de mi vida universitaria: desde la separación de los espacios ocupados por las jóvenes estudiantes, hasta los numerosos reportes que hacían los prefectos por las faltas cometidas por las jovencitas. También he sabido de la intensidad con la que muchas, como Carmen Jaime, se involucraron en las tareas alfabetizadoras y de extensión universitaria impulsadas por las propuestas estudiantiles. Esto las condujo a recorrer y conocer de cerca la pobreza, el hacinamiento y las necesidades de quienes habitaban en algunos sectores de la Ciudad de México de esos años veinte.

Para esas mujeres, las carencias no terminaban donde empezaban los estudios, ni las conferencias, ni las actividades culturales. Con claridad pudieron definir que las tareas para reconstruir ese atisbo de pobreza no terminaban en lo que conocían. Las diferencias de clase marcaban horizontes que el pensamiento ilustrado no resolvería. Mientras muchas jóvenes, como Carmen Jaime conseguían obtener su título con notables dificultades económicas, otras optaban por abandonar una licenciatura e inscribirse en otra o cambiaban los estudios de economía o derecho por estudios de piano. Las abogadas que perseveraron y concluyeron sus estudios terminaban ocupando cargos alejados de sus conocimientos y experticias profesionales, además con menor pago.

La opción de Carmen fue el litigio y como abogada litigante trabajó durante muchos años. Trabajó en Lecumberri y con su salario sostenía el hogar paterno. El desempeño laboral no impidió la continuidad de sus estudios y concentró su labor a los menores infractores. Conservó muchas amistades con escritores, poetas e intelectuales, relaciones iniciadas en sus primeros años como universitaria. Es recordada como una interlocutora lúcida, crítica y aguda.
Junto a Carmen Jaime, otras mujeres también irrumpieron en ese mundo de valores perfilados

para el lucimiento de lo masculino. La diferencia radica en la posición social y económica de la que partieron, que no necesariamente fue con la que acabaron sus vidas. Mujeres como Antonieta Rivas Mercado, *Nahui Ollin*, Pita Amor, la más joven de ellas, y Frida Khalo, nos dan una perspectiva más amplia del siglo XX mexicano; en ellas podemos zambullirnos y encontrar a esas otras mujeres y asomarnos a otros mundos, divertidos, pequeños, redondos y atrevidos. Si nos acercamos a ellas, las mujeres perdidas en el anonimato, hallaremos tal vez los espacios y tiempos en que la multitud te pierde o te humaniza.

Entre las características que tienen algunas mujeres de estos años primeros del siglo XX, es común su paso por la Escuela Nacional Preparatoria y el vivo interés por romper los marcos normativos y morales, consiguiéndolo con pequeños, pero constantes cambios cotidianos y abriéndose paso para poner en escena expresiones artísticas de diversa índole. Formaron parte de un proceso cultural desencadenado desde fines del siglo XIX, que se profundizó y consolidó de modo muy disímil, librando batallas en esa sociedad que se resistía al cambio, más aún si estos los encabezaban mujeres, jóvenes, citadinas, con cierta estabilidad económica.

A algunas les favoreció la holgada posición económica o política de sus familias previa al movimiento revolucionario. Para algunas era clara su situación privilegiada: la instrucción formal con la transmisión de reglas, valores y acartonadas costumbres, en combinación con otros saberes: hablar, leer y/o escribir otros idiomas, el acceso a literatura de la época, la familiaridad con reuniones y eventos. También tuvieron claridad de lo que había que conseguir en medio de la agitación y crisis.

He venido aludiendo a Antonieta Rivas Mercado ("Para mí solo tiene valor el acto libre, el don voluntario..." 1974; 50), Carmen Mondragón o *Nahui Olin* ("La cabeza lo es todo, cedámosle entonces el paso" 1924; 173), Guadalupe Amor ("No sé si muero despierta o si es que vivo soñando..." 1997; 83); y, Frida Kahlo ("...nada me pareció más normal que pintar lo que no se había cumplido." citado en Zamora, 2015; 251); porque ninguna de ellas cumplió por completo con las expectativas de arquetipos femeninos como la religiosidad, la maternidad y el matrimonio.

Aunque de diferentes edades y trayectorias muy diversas, se encuentran en ser mujeres de alto nivel económico lo que les permitió acceder a mejores opciones, como el aprendizaje de otros idiomas. Sin embargo, tuvieron experiencias escolares acartonadas de las que salieron huyendo,



> "hallaremos la fuerza de la ayuda desinteresada, entre mujeres, que antepusieron su condición femenina ante la división de clases sociales. Mujeres que optaron por la dignidad antes que el decoro..."

vidas familiares permeadas por el catolicismo, los silencios incómodos y las apariencias. Aunado a las lecturas precoces en las bibliotecas familiares, de donde recuperan bagaje cultural y se extienden hacia otros espacios, generosamente, disruptivas.

Los años posteriores al estallido revolucionario fueron marcando otros derroteros y las comodidades menguaron o desaparecieron. No obstante, es posible que el mismo deterioro económico o político condujera a cierta cohesión de grupo procurando un cierto equilibrio frente a los tempestuosos cambios políticos de los años veinte. Eventualmente eso les facilitaría reposicionarse económicamente o conseguir apoyos políticos.
Por otra parte, las jóvenes mujeres que he referido eran parte de un proceso cultural en el cual tuvieron impor-

tancia. No me refiero al proceso cultural como "alta cultura", sino a la capacidad creativa y transformadora que se manifestó como opción en diferentes colectividades y que conocemos parcialmente a partir de su hacer y recorrer ese mundo temporalmente lejano. Un proceso histórico en el que emergieron muchas ideas, proyectos, utopías. Sin embargo, en la narrativa de sus vidas es frecuente tropezar sólo con la apreciación de ciertos aspectos de sus vidas, acotadas en una temporalidad, señaladas por nudos trágicos, revelaciones y aspiraciones deterministas que frecuentemente conducen a contemplar su biografía personal de manera aislada. Como si esas mujeres estuvieran despegadas de lo terrenal y lo extraordinario de sus vidas fuera su destino.

Y no era así: tenían trato educado, eran gentiles y encantadoras. La decencia, esa manera aprendida en el hogar; los buenos modales, el trato afable, así como la determinación de dominar la sensación de malestar. En suma, separar rigurosamente lo público y lo personal de forma educada. Pero encarnaban profundas contradicciones. Sin temor a la opinión de otros se rebelaron contra una sociedad que recurrentemente quería asignarles un lugar y un rol: tomaron decisiones, acertaron o se equivocaron muchas veces; eran egoístas, malcriadas, abrigaban frustraciones y tal vez no se sintieron del todo satisfechas con su vida. En el transcurso de algunas etapas críticas experimentadas, se quitaron el revestimiento de decencia impuesto y actuaron aspirando a tener confianza en sí mismas y determinación.

Esa moral, hecha más de modales que de preceptos, más cerca de la estética que de la ética, puede resumirse, en una palabra: decencia. El origen de las actitudes que designa la palabra decencia es triple: árabe, español e indio. Tres tradiciones jerárquicas, tres sociedades obsesionadas por el rango. Decencia es moral de clase media alta: recato, circunspección, preservación de la intimidad y, en el fondo, un gran orgullo y un gran miedo al qué dirán. No la honra a la española: el decoro. (O. Paz, 2003; 20–21)

Su presencia en la escena pública abrió camino a otras luchas, por el reconocimiento y participación de las mujeres en todos los ámbitos sociales y, sin menoscabo de su personalidad, integridad moral y generosidad. Quiero señalar la diferencia entre algunas cuyo origen y posición de clase media alta les favorecía al menos durante una parte importante de su vida, manteniendo una posición económica holgada, muy diferente en relación con otras jóvenes profesionistas capacitadas para desempeñarse intelectual, laboral o artísticamente en cualquier medio, con la misma generosidad, integridad y entereza, sin estabilidad económica alguna, que –siendo estudiantes y toda su vida–, estuvieron obligadas a trabajar para mantenerse económicamente. Mujeres ávidas de conocimiento, congruentes consigo mismas.

Ese fue el caso de Carmen Jaime Álvarez. La genialidad que le es reconocida por amigos y para envidia de algunos cortos de mente, fue suficiente para brillar durante los años de la Escuela Nacional Preparatoria y los primeros años de sus estudios de Derecho. Después del segundo semestre de 1924 quedó probada su fortaleza de carácter, voluntad e inteligencia: tenía la necesidad de concluir sus estudios para hacerse cargo de sí misma. Una década después concluye su tesis y se titula como abogada en 1936. Su tesis cuestiona el sistema de representación y la voluntad general y la dedicatoria es el cierre de un capítulo muy difícil, no sólo para ella sino para quienes la acompañaron: "A quienes me ayudaron." Esta dedicatoria motiva la reflexión sobre la temporalidad y el contexto social de los sucesos que ensombrecieron la vida de muchas mujeres. La solidaridad entre ellas lindaba con las diferencias de clase. Tal vez, buscando de nuevo en otras historias de mujeres anónimas, hallaremos la fuerza de la ayuda desinteresada, entre mujeres, que antepusieron su condición femenina ante la división de clases sociales. Mujeres que optaron por la dignidad antes que el decoro.

Los años que siguen son complicados para seguir la huella de Carmen Jaime. La vida universitaria es generosa por el rastro que va dejando: documentos, actas, calificaciones, reportes de mala conducta, peticiones de condonación de pagos y deudas. La vida cotidiana queda oculta y sólo pequeños detalles iluminan a esa multitud anónima.




LA VIUDA HERMILA GALINDO DIRIGE A LOS CC. DEL 5o. DISTRITO ELECTORAL